

rios, comerciantes, mujeres y niños, cuando con robustas voces contestaban:

«Pues concebida  
Fuiste sin mancha,  
¡Ave María  
Llena de gracia!»

Los dichosos habitantes de la Villa, los de la culta Capital también, henchían las naves del templo y abriendo paso, contemplaban con ávida mirada el desfile de la patética procesion; sus oídos, con grata sorpresa, escuchaban aquellos cánticos nuevos que á la Madre comun de los mexicanos llevaban los peregrinos. Y éstos ¡qué afectos experimentaban al sentirse estrechados los unos por los otros formando un compacto grupo bajo el estandarte guadalupano, una sola familia bajo la autoridad de su amado Prelado, lejos de la tierra natal, y á la sombra de las seculares bóvedas del Santuario de María.....! Los ojos supieron expresarlo con elocuencia; pero la pluma es impotente para hablar el exquisito lenguaje de los entrañables sentimientos del alma; por esto renunciamos á describirlos, y nos limitamos á dejarlos adivinar de los corazones sensibles.

La procesion recorrió las naves laterales, repitiendo sin cesar:

«Pues concebida  
Fuiste sin mancha,  
¡Ave María  
Llena de gracia!»

hasta llegar al presbiterio, en donde del lado del Evangelio, fué depositado el estandarte como un signo visible del acendrado amor de la Iglesia de Querétaro á la Madre de Dios, y de la fé inquebrantable con que venera el portento del Tepeyac.

Inmediatamente el Sr. Presbítero D. José Arias desde

el púlpito dió principio á la primera parte del Santo Rosario, en el que alternaron las voces de los seminaristas cantando en los intermedios de los misterios una hermosa jaculatoria de orfeon.

Al mismo tiempo el Presbítero queretano, D. Estéban Magaña, segundo sacristan de la Colegiata, en la capilla del Sagrario, distribuía el Pan de los ángeles á los peregrinos, habiendo sido consumidas cerca de setecientas formas.

Las nueve serian cuando se entonó *Sexta* en el coro de los Señores Capitulares, y habiéndose presentado poco despues el Ilmo. Sr. Arzobispo D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, que bondadosamente se prestó á cooperar con su presencia al mayor esplendor de la festividad, dió principio la procesion, que abría el pertiguero, seguían varios alumnos del colegio de infantes de la Colegiata, la Comision del V. Cabildo y el Sr. Canónigo Rosas, los Sres. Canónigos de la Colegiata, Lic. D. Victoriano Arriaga, Dr. D. Felipe N. Barros, Dr. D. Ladislao de la Pascua, D. José María A. González, Manuel García, Abad D. José María Melo, quienes iban revestidos de sus capas; una imágen de la Santísima Virgen de Loreto conducida en andas por cuatro alumnos del mismo Colegio de Infantes; el Ilmo. Sr. Obispo, el Ilmo. Sr. Arzobispo, y, por último, la comision de seglares, compuesta del Dr. D. Manuel Septien; Dr. D. Ponciano Herrera, D. Antonio Sánchez, Lic. D. Alfonso María Septien y algunas otras personas respetables de esta Ciudad.

Concluida la funcion, comenzó la solemnisima misa. Ofició de pontifical el Ilmo. Sr. Camacho, y diaconaron los Sres. Curas D. Francisco Figueroa y D. José María González, que lo es de la parroquia de San Sebastian de esta misma Ciudad. Al Ilmo. Sr. Arzobispo asistian los Sres. Abad y Canónigo Dr. Pascua, y al Ilmo. Sr. Obispo, el Sr. Canónigo D. Agustin Guisasola y el autor de estas líneas.

La misa que se cantó fué la de R. Cerrutti. Aquí es necesario rendir un homenaje de gratitud á muchas de las personas que formaron la orquesta. Reuniéronse las del Círculo Católico y de la Colegiata, prestando aquella sus apreciables servicios sin estipendio alguno, y ambas bajo la direccion del hábil violinista D. José Rivas. La composicion es hermosa, la ejecucion fué sobresaliente. Sonoras voces, destreza y precision en el desempeño, caracterizaron esto último. El *Laudamus* del Gloria lo entonaron los Sres. Borrell y Lazo; el *qui tollis*, el Sr. Heredia, y el *quoniam* los Sres. Borrell y Heredia.

Ciertamente la parte musical dió gran brillo á tan solemne fiesta, elevando las almas en dulces éxtasis de amor y de adoración.

La parte que correspondió á cada miembro del Círculo Católico, fué la siguiente:

Maestro Director. D. José Rivas.

Tenores .....	"	Joaquin Heredia.
	"	Agustin Lazo.
	"	Francisco Villagran.
	"	Manuel Olvera.
	"	Angel Montellano.
	"	Manuel Gorozpe.
Tenores segundos,	"	Eustaquio Larrea.
	"	Juan J. de Olazábal,
	"	Jesus Irizari.
	"	Tomás Cassau.
Bajos .....	"	Ramon Borrell.
	"	Ignacio Estrada.
	"	Vicente César.
	"	José María Cervantes Milanés.
	"	José María Bustos.
	"	Gustavo Heredia.
	"	Manuel Morales Cortazar

Violines primeros.	"	Luis Godard.
	"	Javier Cervantes.
	"	Vicente Vargas.
Violines segundos.	"	Luis Ducloux.
	"	Benito de la Barra.
	"	Jesus Alfaro.
	"	Cándido Rodriguez,
Viola.....	"	Antonio Rulfo.
Clarinete.....	"	José María Ibarrarán y Ponce.
Flauta.....	"	Francisco Merino.

Reciban, pues, todas estas personas, que son de la mejor sociedad de la capital de la República, nuestros votos de gratitud y nuestras felicitaciones entusiastas por la habilidad de que en aquel hermoso é inolvidable dia dieron relevantes pruebas. Aún resuenan en el fondo de nuestra alma aquellas armonías que arrancaron de sus instrumentos, aquellas notas celestiales que resonaron por todo el ámbito de la majestuosa Basílica.

Ha llegado la vez de hablar del sermón, que estuvo á cargo del Sr. Canónigo Rosas. Si se tratara de uno de esos hombres del siglo que van corriendo anhelantes tras de esa *nada* que se llama gloria humana, romperíamos nuestra pluma ántes que arrojarle unos cuantos miserables elogios que le causaran mayor hambre de renombre, y que nos hicieran más criminales que él; pero nos referimos al sacerdote cristiano, que conoce á fondo las verdades eternas, y entre ellas la de que en este pobre y bajo mundo, todo es miseria y corrupcion, olvido y muerte; que lo bueno que el hombre tiene, ni es todo bueno, ni es todo suyo, y que lo malo le corresponde exclusivamente.

Esto y más, sabe el sacerdote cristiano; y por tanto, el escritor tambien cristiano no debe abrigar temores de despertar en su corazón pasiones que devoran otros pechos.

Vamos, pues, á decir unas cuantas palabras, unas cuantas nada más, para cumplir con nuestro propósito de ser breves, acerca del discurso pronunciado por el Sr. Rosas. En el exordio habló el orador sagrado de dos abismos que iba á descubrir á su auditorio, el del amor de Dios, y el de nuestra ingratitud y miseria; en el resto supo sacar de las profundidades de su alma, para derramarlos sobre los corazones de sus oyentes, todos aquellos tesoros de sentimiento que posee. Hizo ver la ley de amor que suavemente rige al universo; á las duras piedras, amando su centro de gravedad, á las flores, amando al sol, á las abejas, amando su panal, á las madres de familia..... ¿Qué dijo de vosotras, madres cristianas? ¿Leyó bien en vuestras almas? ¿Es cierto que si cien hijos tuvieseis, á los cien los amarías como al primero.....? ¿Es cierto que vuestro corazón es más fecundo para amarlos, que vuestro seno para concebirlos...? Y vosotros, mexicanos, ¿os sentís consolados con la consideración de que no debeis contemplaros desgraciados porque las orgullosas naciones del Viejo Mundo, y la más orgullosa del Nuevo, os desprecien y os insulten por vuestra pequeñez y vuestros infortunios? Sí; en razón de que sois infinitamente más grandes y dichosos que ellos; pues sois hijos predilectos de María, como os lo probó con la insigne maravilla del Tepeyac, que igual no la ha visto pueblo alguno de la tierra..... Pero no me contesteis, porque sería inútil; he visto correr vuestras lágrimas, hombres que os avergonzáis de parecer débiles; he oído vuestros mal comprimidos sollozos, madres que os sentís felices alimentando á vuestros pequeñuelos con la sangre de vuestras venas..... Y vosotros, queretanos ¿ratificáis la ofrenda que de vuestros corazones hizo vuestro hermano á la Santísima Virgen? ¿Le pedisteis á esa Señora sus bendiciones para vuestras familias ausentes? ¿Le suplicasteis os diese una partecita de su

humildad, de su paciencia, de su pureza para llevarlas á vuestros parientes y amigos soberbios, iracundos, impuros...?

El triunfo alcanzado por el Sr. Rosas fué completo; pero..... ¿no es para él! es para la Iglesia de Querétaro, de la cual es hijo; para Dios, de quien es todo honor y gloria. El Ilmo. Sr. Arzobispo, los Señores Canónigos y otras personas felicitaron al orador sagrado.

El juicio que acabamos de expresar acerca de esta pieza sagrada, no es nuestro, sino de todos los que la escucharon. Vivo fué el deseo que tuvimos de publicarla, y al efecto, un taquígrafo de la Capital estuvo encargado de reproducirla; pero circunstancias que no son del caso referir, hicieron inútil esta providencia. Nos contentamos, para que los lectores se formen una idea de ella, con añadir al fin de esta reseña, el juicio formado sobre esa pieza, y consignado en las columnas de la prensa católica, por personas altamente sensatas.

Terminado el sermón, el Ilmo. Sr. Arzobispo se retiró, porque sus enfermedades no le permiten alterar el método de vida que observa. Poco despues de las doce del día dió fin el augusto sacrificio, y en seguida el Sr. Presbítero Arias rezó la segunda parte del Rosario, quedando el Soberano Señor Sacramentado expuesto á la adoración de los fieles.

A las cinco de la tarde se rezó por el mismo señor Presbítero la tercera parte del Rosario, cantando los seminaristas una bellísima «Ave María» de orfeón; se dió á los peregrinos y al pueblo, la bendición con el Santísimo, y terminó así el acto religioso de este día.

Al siguiente, la peregrinación concurrió al Santuario á las seis y media de la mañana para despedirse de la Augusta Madre de Dios, celebrándose una misa cantada en acción de gracias; el coro fué desempeñado en esta vez por los alumnos del Seminario Conciliar, bajo la dirección d

Sr. Diácono D. Guadalupe Velazquez, maestro de cantores de nuestra Iglesia Catedral, y sus tiernos y religiosos acordes, invitando dulcemente al recogimiento y á la oracion, hicieron escuchar el canto sagrado propio exclusivamente de la Iglesia.

Concluido este acto religioso, los peregrinos, postrados ante el altar de Maria, creyeron recibir las bendiciones de su tierna Madre, y volvieron á sus hogares henchidos sus pechos de gozo y celestial alegría.

El muy Ilustre y Venerable Cabildo de aquella insigne Colegiata, á quien tenemos la honra de dar un público testimonio de gratitud á nombre de nuestra Iglesia de Querétaro, por las innumerables consideraciones y distinguidos favores con que atendió á la peregrinacion, y con particularidad á nuestro Ilmo. Prelado y sus Comisiones, acordó honrar nuestro estandarte, y determinó fuese colocado para memoria en el altar de San Pedro, que fué el punto desde donde organizada la peregrinacion, comenzó su procesion en torno del templo. Segun sabemos, se hará de un modo semejante con todos los estandartes de las peregrinaciones que en adelante se verifiquen; y si es así, dentro de poco tiempo la gran Basílica, coronada con los estandartes de todas las Iglesias de México, será un público y solemne monumento de la piedad nacional, y un testigo irrecusable de que nuestra nacion ha sido, es y siempre será exclusivamente católica.

Al ir á terminar esta reseña, nos ha parecido buena correspondencia á nuestros hermanos de México exornarla con los escritos que publicaron, haciendo eco á nuestras ardientes manifestaciones. De la «Voz de México,» correspondiente al día 10 del corriente, hemos tomado los párrafos siguientes:

## MIL BENDICIONES!

Mucho, y con razon, ha llamado la atencion la pieza oratoria pronunciada anteayer en el histórico púlpito de Guadalupe. Sembrada de rasgos verdaderos y de alta enseñanza, esa pieza está llamada á ser conocida de frontera á frontera. Ella es un verdadero suceso, y su significacion social es grande, porque lleva en sí aquella incontrastable eficacia de la verdad, de la fé y del amor, más poderosos que la muerte y que el infierno. El orador que pronuncia un discurso así, se hace célebre en un dia, porque para producir un discurso semejante se necesita, más que todo, tener la conciencia de la propia mision y ser bastante digno para no mantener la verdad cautiva en injusticia. Un discurso, obra humana, vale tanto como vale el hombre que lo produce, y el hombre, si por el talento tiene algun valor, más, mucho más lo tiene por el carácter.

Los discursos no valen por la ornamentacion postiza que alcanzan hasta los talentos medianos; los discursos no valen por las frases rebuscadas y doradas trabajosamente al fuego del amor propio, valen los discursos por cuanto enseñan, y de entre todos, los que más han de enseñar son los discursos sagrados que deben flotar en lo sobrenatural. El criterio del sacerdote es y tiene que ser más alto que cualquiera otro criterio, y, por lo mismo, aberracion seria en un sacerdote mexicano, al ocupar el más mexicano de los púlpitos, si cabe decirlo, aberracion seria quedar por abajo de la filosofía de la historia, y por abajo de sus propios oyentes. Nada es más desconsolador, que el bajar de una tribu-